



LA
PATRULLA
ANÍBAL

PRECUELA DE
ANÍBAL
CAMPOS DE SANGRE

BEN KANE



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Invierno de 218 a. C. En la Galia Cisalpina, una patrulla cartaginesa se mueve sigilosamente en la espesura de los bosques. Esta patrulla está dirigida por Hanno, uno de los jóvenes oficiales de Aníbal, y por Mutt, su segundo al mando. Hambrientos y muertos de frío, necesitan encontrar una población en la que haya alimento. Pero en los galos no se puede confiar y, además, los romanos, aunque derrotados, todavía conservan patrullas en la zona. Rodeados de peligros y previendo una posible emboscada, ni Hanno ni Mutt tienen la certeza de lograr sobrevivir.

L  **LIBROS**

Ben Kane

**La patrulla
Aníbal 1.5**

**ePub r1.1
libra 05.12.14**

Galia cisalpina, invierno

La batalla ya estaba ganada cuando Mutt vio al oficial romano que corría hacia él. Mutt sabía que matarlo sería el símbolo definitivo de humillación para el enemigo. Pero el plan no le había salido tal como esperaba. El oficial iba solo pero era fuerte y habilidoso. Además, tenía miedo, lo cual lo hacía incluso más peligroso. El hecho de que Mutt fuera armado con una lanza no evitó que el oficial se le resistiera con furia. En el primer ataque había estado a punto de atravesar con la espada el gran escudo de Mutt y clavársela en el vientre.

«He querido abarcar demasiado», pensó Mutt a la desesperada, mientras el oficial esquivaba otra estocada de la lanza con el *scutum*, acompañada de un fuerte empujón contra el escudo de Mutt. Durante una fracción de segundo estuvieron cara a cara y se insultaron mutuamente, pero acto seguido el oficial se apartó sin previo aviso. Mutt estuvo a punto de caerse hacia delante cuando le faltó la presión. «¡Maldito sea! —pensó—. Me estoy comportando como un novato. Si no voy con cuidado, acabaré ensartado en su espada».

Entonces el oficial volvió a abalanzarse hacia delante. Aunque Mutt lo embistió, el oficial consiguió levantar la bota derecha y plantársela en medio del escudo, lo cual dejó a Mutt anonado. Perdió el equilibrio y se tambaleó hacia atrás, se enganchó el talón de la sandalia en una piedra y cayó al suelo boca arriba. Unas cuantas salpicaduras de barro salieron disparadas y el escudo se le escapó de la mano. El oficial soltó un gruñido triunfante y le dio una patada para enviarlo al otro lado; luego plantó el otro pie en la base de la lanza de Mutt y le impidió cogerla.

«Mierda —pensó Mutt—. Soy hombre muerto».

El oficial alzó la espada en lo alto mientras escupía otra maldición.

Mutt cerró los ojos y se preparó para pasar a mejor vida.

—Mutt, Mutt, despierta.

Un sueño. Se dio cuenta de que era un sueño. Sintió un gran alivio. Se incorporó y se restregó los ojos somnolientos.

—¿Sí?

—¿Estás bien? —preguntó Hanno, su comandante.

—Sí. ¿Por qué?

—Estabas hablando solo, peleándote con la manta.

—Una pesadilla, nada más.

«Cielos, espero que nunca se convierta en realidad —rogó Mutt—. Ya es la segunda vez».

Un asentimiento.

—Despierta a los hombres. Es hora de moverse.

—Sí. —Mutt se levantó e hizo una mueca de dolor cuando el poco calor que se había acumulado en la manta se convirtió en el frío que precede al amanecer.

Tenía los pies y las manos casi entumecidos. La nariz también. Si la memoria no le fallaba, se había pasado buena parte de la noche en vela por culpa del frío. ¿Por qué encima los dioses le habían enviado una horrenda pesadilla?, se preguntó, intentando combatir un malestar creciente.

*

Horas después...

Bosque, varios kilómetros al norte del campamento.

—¿Adónde demonios nos dirigimos?

—Al culo del mundo —respondió una segunda voz.

—Pensaba que ahí era donde acampamos anoche.

—No, aquello era la entrepiera —dijo el primer hombre, lo que provocó un coro de risotadas. Esperó a que la diversión remitiera—. Este sitio está dejado de la mano de los dioses, ¿eh, chicos?

Los gruñidos de acuerdo y los escupitajos no alarmaron a Mutt. A los soldados les gustaba quejarse mientras marchaban. Si no se quejaban, era que algo iba mal. Además, lo que habían dicho era cierto. La zona era llana y fértil, y estaba bien regada por ríos, pero, por todos los dioses, qué fría e inhóspita resultaba en esa época del año. El fuerte viento del norte de los Alpes no parecía amainar nunca. Nevaba la mayoría de los días y hacia una semana que las temperaturas no subían de los cero grados.

Mutt se observó los dedos enrojecidos y soltó un juramento. No recordaba la última vez que había sentido calor.

El terreno estaba casi continuamente cubierto por una densa capa de niebla que reducía la visibilidad y desanimaba a los hombres todavía más. Y el lugar donde habían pasado la noche anterior —un claro embarrado en medio de un bosque infestado de lobos— había sido uno de los más inhóspitos para la patrulla hasta el momento. No obstante, había buenos motivos para mantenerse en un lugar remoto. La campaña quizá pareciera vacía la mayor parte del tiempo pero no podían bajar la guardia ni un instante. Estaban en territorio galo, exento en su mayoría de la influencia romana, pero no todas las tribus mostraban una buena disposición hacia Aníbal y sus soldados. Por mucho que ellos —los cartagineses — hubieran vapuleado a los romanos en el Trebia hacía varias semanas, era posible que todavía quedaran patrullas enemigas por allí. Valía la pena andarse con cuidado.

Por el momento, Hanno, su nuevo comandante, parecía tenerlo en cuenta.

Mutt pensó que probablemente ayudara el hecho de que hubiera pasado bastante tiempo en cautividad, si no ahí, en tierra de romanos. Mutt no conocía la historia de Hanno en profundidad, pero para entonces todos los miembros del puñetero ejército se habían enterado de su dramática huida de la esclavitud y del reencuentro con su padre y sus hermanos. «Quizás algún día me lo cuente —caviló Mutt—. Si acabamos conociéndonos bien. Estaría bien tener a alguien a quien contar lo de la pesadilla» .

—Nunca imaginé que echaría tanto de menos Iberia. Pasamos un poco de frío pero nada parecido a esto. Aquí el clima siempre es gélido —dijo el primer hombre, que retomó la diatriba.

—¿Qué esperabas? Estamos en pleno invierno —repuso el segundo soldado—. La primavera acabará llegando. Siempre llega. ¿O es que lo has olvidado?

El comentario provocó gritos de diversión. Mutt hizo una débil mueca.

Quien había hablado primero no tenía intención de desanimarse.

—¡Menudo listillo! A lo mejor suben un poco las temperaturas pero los lugareños seguirán siendo unos salvajes sedientos de sangre. Los romanos tampoco se marcharán. Espera un mes o dos y seguro que querrán luchar otra vez. Y a nosotros se nos acabará la comida.

Mutt llevaba en la falange más de diez años y era el segundo al mando desde hacía casi tres. Sabía quién era el que más se quejaba sin tener que mirar. Ithobaal era un lancero de confianza que llevaba sirviendo en la unidad casi una década. Tampoco le faltaba coraje, pensó Mutt, pero por la barba de Baal Hammón, mira que era quejica.

Aparte, la última observación de Ithobaal era un tema peliagudo. Los comentarios de descontento empezaron a sonar con fuerza. «¿Cuánto tiempo vamos a seguir con medias raciones? Eso es lo que yo quiero saber» . «Tengo la barriga continuamente pegada a la columna» . «¡Por la noche no puedo dormir por culpa de los gruñidos del puto estómago de Bogu!» . «¡Es eso o los pedos que se tira!» . Mutt salió de la formación desde su posición en la vigésimo quinta fila. Los lanceros continuaron marchando pues estaban acostumbrados a que él fuera moviéndose de un lado a otro. Seguían un sendero estrecho por el bosque, por lo que se vieron obligados a caminar en una columna de cuatro soldados de ancho en vez de la de seis habitual. A plena capacidad, la falange habría contado con cuatrocientos hombres, pero el brutal viaje desde Iberia y las luchas recientes habían hecho menguar esa cantidad de forma considerable. Ahora quedaban menos de doscientos lanceros, casi cincuenta filas, y Mutt los conocía a todos. Eran su familia, su responsabilidad y haría cualquier cosa por ellos, incluso imponer disciplina cuando fuera necesario.

—¡Ithobaal! —gritó.

Pasaron unas cuantas filas más y entonces Mutt lo vio. Ithobaal, un hombre alto, de espalda ancha y barba muy descuidada, caminaba en el extremo

izquierdo de su fila. Miró con recelo a Mutt, preguntándose sin duda qué había hecho para merecerse tanta atención.

—¿Qué?

Mutt adoptó de nuevo el mismo paso que sus hombres.

—Estamos todos en el mismo barco, ¿verdad que sí? —No hubo una respuesta inmediata. Mutt se preguntó si Ithobaal era tan imbécil como para cuestionar su autoridad. Le haría una advertencia y luego lo atacaría como un toro bravo. Con una paliza recuperaría rápidamente el respeto de Ithobaal—. ¿ME HAS OÍDO, PEDAZO DE GUSANO?

Mirada ligeramente atemorizada.

—Sí. Estamos todos en el mismo barco.

—Lo cual significa que yo tengo tanta puta hambre como tú. Igual que todos tus compañeros. No me gusta que me lo recuerden y creo que a los demás tampoco, así que cállate la puta boca. ¿Entendido?

—Sí.

—Nos llenaremos la barriga cuando caiga Victumulae. —Mutt se dirigía a todos los que pudieran oírle—. Me han dicho que ahí los depósitos de grano están a rebosar.

Ithobaal no pensaba darse por vencido.

—¿Cuándo tomaremos el lugar?

—¡Pronto, imbécil! Está a poco más de quince kilómetros de aquí y nuestro ejército está un par de días por detrás. El asedio no durará mucho. Con un poco de suerte, algunos quizá encontraréis reservas de vino en el interior de las murallas. Si tú no eres uno de los afortunados, Ithobaal, más vale que reces para que tus gimoteos no hayan cabreado a los compañeros que se hagan con el botín. —Al final se oyeron risas pero Mutt ya se marchaba—. Os diría que cantaseis pero haríais demasiado ruido —anunció en voz alta—. Hablad entre vosotros para pasar el rato. Imaginaos el sol primaveral de Iberia. Pensad en las putas que trabajaban en la Luna Creciente, esa taberna de Cartago Nova, y en el buen vino que ahí servían.

Más de un hombre gimió y Mutt asintió satisfecho. Les había levantado los ánimos a tiempo. La experiencia le había enseñado a actuar más pronto que tarde en tales circunstancias o los ánimos podían agriarse para el resto del día.

Al ver a Hanno al frente de la patrulla, Mutt se animó un poco más, y esto evitó que pensara más en la pesadilla, que seguía acosándolo mentalmente. Tras la dolorosa pérdida de su anterior comandante en los Alpes, Mutt había dirigido a los hombres lo mejor posible pero no estaba acostumbrado a liderar una falange. Ser el segundo al mando estaba bien, pero no lo otro. De todos modos, había tenido que hacerlo o los hombres se hubieran venido abajo. Poco después de que descendieran de las montañas, exhaustos hasta límites insospechados, les habían informado de que un nuevo oficial asumiría el mando de la unidad. Pocas veces

se había sentido tan aliviado.

Sin embargo, sus sentimientos se habían convertido en preocupación al ver por primera vez la figura larguirucha de Hanno. «Recuerdo haber pensado que apenas debía de necesitar afeitarse», recordó Mutt. Que debía de ser un mierdecilla presuntuoso para que lo nombraran comandante tan joven. Sus reservas habían resultado ser infundadas. El muchacho no era ningún creído y desde el comienzo se había volcado en conocer a los hombres. En el Trebia Hanno había demostrado con creces de lo que era capaz, dirigiendo desde la parte delantera de la falange. Sin embargo, a pesar de su victoria, la lucha había sido encarnizada. El principal asalto romano de aquel día —una carga por parte de un bloque enorme de legionarios— había caído sobre sus aliados galos, pero más de una falange se había visto arrastrada a la lucha y había acabado aniquilada por completo. Mediante una combinación de suerte y terquedad, Hanno había conseguido mantener a sus hombres unidos y alejarlos de la vorágine.

Shhh. Shhh. Al principio Mutt no asimiló lo que había oído, pero los golpes secos y los chillidos subsiguientes a medida que las flechas se clavaban en la carne de los soldados le hicieron volver a la realidad. Un nuevo siseo. Más sombras oscuras que pasaban silbando. Mutt desvió la mirada hacia la derecha del camino. A unos veinte pasos de distancia, entre los árboles y los arbustos, vio las siluetas oscuras de unos hombres con los arcos en alto. «Por todos los dioses, ¿por qué no les han visto los exploradores?», se preguntó.

—¡Emboscada! ¡Emboscada! —bramó—. ¡Abajo las lanzas! ¡Sacad el escudo de la espalda, a toda velocidad!

Dejó caer su lanza. Tenía los dedos entumecidos del frío, pero trató con torpeza de desabrochar la cinta que le sujetaba el escudo al pecho. *Shhh. Shhh.* Un grito muy cerca de él. Las remeras de una flecha que había caído en el barro junto a sus pies temblaron. Mutt soltó un juramento brutal. Despacio, iba muy despacio. *No levantes la mirada* —se dijo—. *No hagas caso de las flechas. Concéntrate.* Al final la lengüeta de la hebilla se movió y el mismo peso del escudo lo arrastró tirando de su espalda. Con la facilidad que otorga la experiencia y la velocidad a causa de un miedo que le hacía tener el culo prieto, Mutt se giró en redondo y agarró el asa colocada bajo el tachón de hierro.

En cuanto lo tuvo bien sujeto, alzó el escudo para colocárselo por encima del cuerpo y de la cabeza. Mutt se movió demasiado rápido para sentirse aliviado, buscó la lanza con desesperación y la inclinó con el brazo en alto en la mano derecha para tenerla preparada para lanzar. Entonces fue cuando miró de nuevo hacia los atacantes. Seguían lanzando flechas. No había carga inminente. «Imbéciles», pensó. Miró rápidamente de lado a lado para comprobar qué hacían sus hombres. La mayoría habían sacado el escudo y lo empujaban hacia el enemigo. Menos tenían las lanzas preparadas. Sin embargo, la línea no estaba

ni mucho menos completa. Tomó una decisión rápida. Hanno se ocuparía de las filas delanteras, no le quedaba más remedio que dar eso por supuesto. Empujando el escudo hacia el enemigo, abandonó su posición y empezó a caminar hacia atrás junto a la columna. Echó un vistazo rápido a la izquierda y vio que por allí también los estaban atacando.

—Quitaos el escudo de la espalda —dijo Mutt con tranquilidad—. Eso si queréis vivir. Todos tenéis que dar dos pasos adelante. Esquivad a vuestros compañeros heridos. Colocadlos detrás de la protección de los escudos. Formad una línea completa. ¡MOVEOS!

Repitió las órdenes una y otra vez y solo lanzó algún que otro vistazo al enemigo. Debían de ser galos, decidió. Las ráfagas eran irregulares e incongruentes y no habían aprovechado el factor sorpresa de un emboscada con un ataque después de que cayeran las primeras flechas. Cualquier estrategia medianamente bueno lo habría hecho. Eso no significaba que él, Hanno y el resto estuvieran a salvo, ni mucho menos. Pero por lo menos tenía un poco de tiempo para reagrupar a sus hombres.

Intentó contar rápidamente los efectivos del enemigo en aquel lado. Había dos, tres, seis hombres. Cuatro más sumaban diez y había por lo menos cinco o seis más un poco más allá. Esos no eran más que los que podía ver en esa sección. «¿Cuántos cerdos habrá en total? ¿Los suficientes para aniquilarnos?», se preguntó.

—¡Bogu! ¡Ithobaa!

—¿Sí? —preguntó la voz de Bogu.

—¿Ves lo que sucede a tu derecha?

—Sí.

—¿Cuántos hay ahí?

—Por lo menos veinte cabrones de esos, pero probablemente son más.

—¡Formad una línea! Preparaos para una carga enemiga.

—Entendido.

Mutt se encaminó de nuevo a la parte delantera de la columna pero más rápido. Le satisfizo ver que no parecía haber demasiados heridos. Había dos soldados que yacían inmóviles, pero aquello era pasable. Si los galos hubieran lanzado una ráfaga conjunta, se habrían producido muchas más bajas. Todos los hombres tenían los escudos en alto, lo cual hacía suponer que ahora habría pocas bajas, a no ser que el enemigo sacara el máximo partido del ataque.

Par-par-par. Zirrip. Par-par-par. Zirrip. Buuuu.

A Mutt se le puso la piel de gallina. Había oído ese sonido infernal con anterioridad, en el Trebia. En aquel entonces lo habían emitido sus aliados galos para asustar a los romanos. Ayudaba saber que se trataba de un *cornyx*, una trompeta que no soplaba un demonio sino un hombre de carne y hueso. De todos modos era de lo más inquietante, pensó. Mutt agradeció de que diera la impresión

de que solo había uno, o quizá dos, *carnyx*s. Notó el temor en el rostro de varios de sus hombres.

—No es más que una trompeta, chicos. ¡Una puta trompeta! —gritó—. ¡Imitan el ruido de sus pedos! —Unos cuantos soldados se rieron, pero no muchos—. ¡Tranquilos, chicos! Lo único que intentan es asustarnos. Si esos hijos de puta tuvieran dos dedos de frente ya habrían venido a por nosotros. —Probablemente fuera lo que intentarían a continuación, pensó con actitud sombría. Utilizaban los *carnyx*s para envalentonar a los guerreros contra el temor aterrador de cargar contra un enemigo.

—¡Mutt! —La voz de Hanno sonó desde la parte delantera. Estaba tranquilo, lo cual supuso un inmenso alivio para Mutt. El joven no estaba preso del pánico.

—¿Sí? —preguntó a voz en grito.

—¿Qué tal la situación ahí atrás?

—Bien. Dos muertos o moribundos. Tal vez media docena de heridos. Muro de escudos en su sitio.

—Bien. Los exploradores me han dicho que hay un árbol que bloquea el paso a cierta distancia de la curva siguiente, así que tendremos que mantenernos firmes y repelerlos. Es eso o la retirada. Yo abogo por que luchemos.

Regresar por donde habían venido probablemente fuera mala idea, en eso Hanno tenía razón. El bosque se extendía varios kilómetros. En aquel camino estrecho no tenían la posibilidad de colocarse en la formación más protectora de la falange. A los galos apestosos les bastaría con seguirles y acribillarlos a flechas. No obstante, si el enemigo los superaba en número, quizá fuera más prudente batirse en retirada. Una gota de sudor frío le cayó desde debajo del forro del casco por un lado de la cara. ¿Qué hacer?, se preguntó. «Confiar en Hanno. Él es el comandante. Necesita mi apoyo» .

—Muy bien.

Par-par-par. Zirrip. Par-par-par. Zirrip. Buuuu.

Las armas chocaban contra los bordes de los escudos, contra los tachones de hierro. Los guerreros proferían gritos de guerra.

—¡Preparaos para un ataque! —gritó Hanno—. ¡Dos filas a cada lado, lanzas preparadas!

Mutt bajó al trote media docena de filas, repitiendo la orden y diciendo a los hombres que la pasaran. Rápidamente regresó al punto medio de la formación, se internó en las filas a empujones y se giró para estar de cara a los árboles.

Más gritos. Chillidos. El martilleo del metal contra el metal.

Entonces se hizo el silencio.

—¡Por Cartago! —Oyó Mutt que gritaba Hanno—. ¡Por Aníbal!

—¡A-NÍ-BAL! —bramó Mutt. Apartó rápidamente la lanza de la parte delantera del escudo. *Clash, clash, clash*, empezó a tocar, siguiendo el compás de la consigna.

Sus hombres se sumaron al cántico con incluso más entusiasmo del habitual.

—¡A-NÍ-BAL, A-NÍ-BAL, A-NÍ-BAL! —gritaron.

Unas formas se movieron entre los árboles y acabaron mostrándose. Una hilera ancha de hombres: guerreros galos. Desde que se encontraran con los primeros hombres de tribus galas, Mutt los reconocía a la legua. Cascos en forma de cuenco parecidos a los de los romanos. Grandes escudos rectangulares u ovals. Capas y túnicas de colores y pantalones estampados. Algún que otro individuo con una cota de malla. Sin embargo, los tres hombres que los dirigían iban completamente desnudos y solo llevaban un escudo y una espada cada uno. Tras unos cuantos pasos, avanzaron a todo correr. Dos de ellos fueron directos a Mutt y a los soldados que tenían cerca. Los compañeros que tenían detrás empezaron a trotar.

El plan de los galos era sencillo, pensó Mutt con actitud sombría. La idea era utilizar a los fanáticos como arietes para horadar sus líneas. Si pensaban hacer eso en su lado de la columna, seguro que lo harían también en el otro. El estómago se le encogió hasta dolerle. Con una profundidad reducida de dos filas por lado, había muchas posibilidades de que la táctica de los galos funcionara. Tenían que matar a los guerreros desnudos de inmediato o aquello acabaría convertido en un baño de sangre.

Esperó unos segundos hasta que los galos estuvieron más cerca. Entonces dio un paso adelante y salió del muro de escudos.

—¡AQUÍ! ¡VENID A POR MÍ, MAMONES!

Dos del trío se abalanzaron hacia él enseguida. El tercero iba hacia un punto situado entre él y la parte delantera de la patrulla. Mutt tuvo que rezar para que los hombres retuvieran al guerrero, lo mataran rápido y que él y los soldados que lo rodeaban pudieran hacer lo mismo. Poco a poco fue retirándose a la seguridad de la formación y deslizó el escudo entre quienes tenía a izquierda y derecha. Ahora los galos estaban a unos treinta pasos. Lanzó una mirada a ambos lados.

—¿Veis a esos cabrones desnudos, chicos? ¿Los de las pollas y huevos colgando?

Se produjo una oleada de risas ligeramente nerviosas.

—¡Sí! —corearon varias voces.

—Los matamos rápido. Si consiguen ni que sea practicar un agujero pequeño en nuestras líneas, estamos jodidos. ¿Queda claro?

—Sí.

El volumen de su consuelo le produjo cierto alivio.

—¡Arriba escudos, lanzas preparadas! ¡Vigilad al hombre de vuestra izquierda!

Por muy desnudos que fueran los galos, no tenían ni un pelo de tontos. Avanzaron juntos, literalmente hombro con hombro. Eran hombres corpulentos, que llevaban tatuajes serpenteantes en los brazos y torsos musculosos, y tenían la

parte inferior de las piernas cubiertas de barro. Lucían una expresión fanática y mortífera en los ojos.

Mutt rezó para que la furia de la batalla les hiciera cometer errores.

—¡AQUÍ ESTOY! —volvió a gritar. Dio un solo paso al frente para que vieran quién les desafiaba—. ¡HIJOS DE PUTA! —añadió, utilizando la única palabra gala que había aprendido al estar en contacto con los hombres de las tribus que se habían aliado con Aníbal—. ¡HIJOS DE PUTA!

Oyeron el insulto. Enseñando los dientes, los dos guerreros fueron a por él como un par de jabalíes enloquecidos. Menos de media docena de pasos los separaban del muro de escudos. Detrás de ellos, el sonido horroroso de los carnyxes había sido sustituido por los gritos de guerra de los guerreros.

—Tranquilos, chicos —instó Mutt—. Preparaos. Recibid el primer corte en el borde del escudo y luego desstripad a estos mamones.

La primera hoja gala ya se balanceaba delante de él formando un arco poderoso que le macharía el casco y el cráneo a la vez, por lo que Mutt alzó el escudo y se agachó detrás de él rezando para que la madera no se astillase.

Necesitó todas sus fuerzas para evitar que el golpe no le hiciera dar con el brazo izquierdo contra el suelo. Pero se había encontrado en una situación similar otras veces y no se dejó dominar por el miedo. Con una mirada fugaz supo que la espada había atravesado el borde metálico del escudo y se había clavado en la madera de debajo. Doblando las rodillas, empujó hacia arriba con toda la fuerza de sus muslos para alzar el escudo y, con él, el arma del galo. Mientras el galo tiraba y maldecía para ver si arrancaba la hoja, Mutt se inclinó hacia delante emitiendo un grito salvaje y le clavó la lanza en el hueco situado en la base del cuello. Entró en la carne con facilidad y cortó todo lo que encontró por el camino. Se oyó un golpe estridente al llegar a las costillas del galo antes de salir, teñida de escarlata, por la parte posterior del hombro izquierdo. Se produjo un grito ahogado y sobrecogedor, y el galo murió echando una espuma roja por la boca.

—Cerdo galo —rugió Mutt.

Desclavó la lanza y giró a su izquierda, donde había estado el segundo guerrero galo. Se sintió consternado. El soldado que tenía al lado ya había caído. Le salía sangre y trozos de tejido cerebral del enorme tajo que tenía en la cabeza. El segundo galo estaba agachado al lado del cadáver, haciendo trizas al soldado de la siguiente fila, que, aterrado por la ferocidad del ataque, hacía poco para defenderse. Mutt soltó un juramento. El grupo principal de galos les alcanzaría en unos segundos. Era ahora o nunca. Elevando una plegaria rápida para que nadie le apuñalara cuando dejara al descubierto el costado derecho, Mutt giró en redondo y clavó la lanza en la espalda del segundo galo. Un grito fúnebre de alegría rasgó el ambiente y, cuando Mutt arrancó el arma, la sangre salió disparada por todas partes. Miró a los ojos del lancero que acababa de

salvar.

—¡A la primera fila, rápido!

El soldado obedeció a toda prisa.

Mientras Mutt se daba la vuelta y retomaba su lugar en la primera fila, el enemigo se cernía sobre ellos. Notó un sabor ácido en la base de la garganta. Muchos de los galos iban a por el hombre que tenía a la izquierda porque ahora no había nadie que ocupara su lugar si caía.

—¡A-NÍ-BAL! —gritó—. ¡A-NÍ-BAL!

Y entonces los galos los alcanzaron.

Mutt perdió enseguida la noción del tiempo. Su mundo quedó reducido al soldado que tenía a uno y otro lado y a los enemigos que estaban justo delante. Clavó la espada e hirió a un guerrero en la cara. Recibió un golpe fuerte pero de lado de una espada en la cabeza y notó que le fallaban las rodillas. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, las inmovilizó y lanzó una estocada al galo que había intentado descalabrarlo. Apretó los dientes para combatir el dolor cegador que notaba en la cabeza, y repelió el siguiente ataque con el escudo, por lo que consiguió clavar la lanza al galo en el pecho y dejarlo herido de gravedad. El galo se tambaleó y cayó, pero enseguida fue reemplazado por un bruto barbudo que no sostenía más que una lanza larga. El primer lanzamiento pasó zumbando junto a la cabeza de Mutt y partió la cara del lancero que tenía detrás.

Mutt le lanzó una estocada y clavó la lanza en la coraza hecha con capas de tejido del galo hasta atravesarle el vientre. Pensó que era una herida mortal, pero al galo solo se le balancearon las piernas. Mientras Mutt se esforzaba en recuperar el arma, su contrincante agarró el asta y se la arrancó de su propia carne. Sin soltarla, apuntó con su lanza a la cara de Mutt. Acto seguido, se libró una lucha a brazo partido; Mutt intentaba desesperadamente no soltar el arma mientras que a la vez tenía que esquivar unos golpes potentes del extremo de la lanza del galo. Era una lucha desigual porque el galo era mucho más fuerte que él. No obstante, nadie iba a ayudarlo. Los lanceros que tenía a ambos lados estaban inmersos en su propia lucha para sobrevivir.

A él también le estaban fallando las fuerzas, Mutt se jugó el todo por el todo y esperó a que el galo tirara con fuerza de la lanza para soltarla. El galo perdió el equilibrio y se tambaleó hacia atrás. Mutt lo siguió al tiempo que le propinaba un golpe descomunal con el escudo en el vientre, lo cual lo arrojó hacia sus compañeros.

Seguirlo era demasiado peligroso, así que Mutt regresó a su posición.

—¡Lanza! ¡Que alguien me dé una puta lanza! —bramó. Sus hombres estaban acostumbrados a pasar armas hacia delante durante el combate y al cabo de unos segundos el asta de una lanza apareció junto a su mejilla derecha. Mutt la agarró como un náufrago se agarraría a un tronco. Tenía que utilizarla de inmediato, y la clavó en la boca abierta de un joven guerrero que había saltado

por encima del bruto barbudo.

«Por todos los dioses, qué forma tan horrible de morir», pensó Mutt, mientras la hoja de hierro cortaba la lengua del hombre y se la clavaba hasta el fondo de la garganta. Cuando la retiró, unas gotas de color carmesí siguieron a la lanza y le salpicaron la parte delantera del escudo. Al guerrero se le desorbitaron los ojos; salió más sangre; emitió un sonido ahogado y atroz, y desapareció de su vista al caer.

Nadie ocupó su lugar, y Mutt aprovechó la oportunidad para mirar a derecha e izquierda. La esperanza afloró a su pecho al ver que muchos galos se retiraban. Sin embargo, no era una retirada. Se detuvieron a veinte pasos, se quitaron el casco, se secaron el sudor de la frente y examinaron las heridas de sus compañeros. Mutt pensó que había llegado el momento de que sus hombres hicieran lo mismo. El combate resultaba agotador y había que aprovechar cualquier oportunidad para descansar.

Bramó unas cuantas órdenes y siguió la rutina de tantas otras veces. Haciendo preguntas a gritos, comprobó que los que se encontraban más abajo de la columna estuvieran bien. Se aseguró de que los soldados de la parte delantera tenían escudos y lanzas en condiciones. Hizo que los heridos recibieran la atención necesaria en la medida de lo posible. Ordenó a los hombres que bebieran y mearan; les dijo que lo habían hecho bien y combatió su propia aprensión acerca de la situación. A pesar de no haber sufrido un gran número de bajas en el ataque inicial, ahora los superaban en número de forma considerable. Veía veintenas y más veintenas de guerreros en los árboles. ¿Cuál era su mejor plan?, se preguntó, preocupado de nuevo.

—¿Jefe? —gritó.

—Mutt. ¿Qué tal van las cosas por ahí?

—Bien. Estamos resistiendo. ¿Cuáles son tus órdenes?

Mutt vio que el lenguaje corporal de los hombres cambiaba. Se pusieron tensos en espera de la respuesta de Hanno, que determinaría su suerte.

—¡Manteneos firmes hasta que diga lo contrario! —gritó Hanno.

—Muy bien. —Mutt estaba convencido de que existía la implicación subyacente de que tuvieran que retirarse. «Recemos para que no pase», rogó. Las bajas aumentarían sobremanera. Sin embargo, mientras los galos volvían a avanzar era consciente de que quizá aquella fuera su única opción. «No quiero morir en una mierda de sitio como este», pensó con amargura—. ¡Preparaos, chicos! Esta vez quiero que les deis una lección de verdad. De modo que se marchen a su casa llorando y llamando a su madre. ¿Sois capaces?

El gruñido gutural que recibió como respuesta todavía estaba lleno de energía. No iban a darse por vencidos tan pronto, decidió Mutt.

Par-par-par. Zirrip. Par-par-par. Zirrip. Buuuu.

El sonido procedía de algún lugar en la parte posterior de los galos más

próximos.

—Que paren ya esos hijos de puta, por favor —dijo un soldado situado a la derecha de Mutt.

—Si vienen somos hombres muertos —comentó una segunda voz que resultaba familiar.

Así fue como decayeron los ánimos. El temor asomó a sus rostros. Algunos hombres empezaron a rezar.

—Ithobaal, cállate la puta boca —bramó Mutt—. Y, el resto, calladitos también.

Escarmentados, los hombres obedecieron la orden.

Sonaron varias armas. Probablemente fueran refuerzos, pensó Mutt fatigosamente. A lo mejor sí que iban a morir ahí. Si había algún momento propicio para la retirada, era aquel.

Abrió la boca preparado para gritar esa pregunta a Hanno.

El grito se le ahogó en la garganta porque los galos detuvieron su avance. Empezaron a girar cabezas. Los guerreros parlamentaban entre sí. Sonaban preguntas y gritos airados. Los guerreros se volvieron y se quedaron mirando a quienquiera que avanzara hacia ellos.

«No están contentos», dedujo Mutt. ¿Por qué?

Al cabo de un instante parpadeó.

—¡Los cabrones se batan en retirada! ¡No me lo creo!

Era una retirada ordenada, pero no cabía la menor duda de que se trataba de eso. Los galos se esfumaron entre los árboles con apenas una segunda mirada a la falange.

Los hombres de Mutt empezaron a vitorear.

—¡Corred, gusanos! —gritó Ithobaal—. ¡Volved a las faldas de vuestras madres!

«Eso es lo que habrías hecho tú si hubieras tenido media oportunidad», pensó Mutt, con severidad. Bogu, que era bajito, pero duro como una piedra, era mucho más de fiar.

—¡Bogu!

—¿Sí?

—¡Los de tu lado también se marchan!

—¡Desaparecen como la neblina matutina!

«Demos gracias a los dioses», pensó Mutt, profundamente aliviado.

—¡Mutt! —la voz de Hanno.

—¿Sí?

—¡Se marchan! —El placer que Hanno sentía se notaba en su voz.

—Sí.

—¿Quién les asustó para que se marcharan?

—Imagino que pronto lo averiguaremos.

—Ven aquí.

—¡Sí! —Mutt miró a los hombres que le rodeaban—. Atended a los heridos. Comprobad vuestras armas. Manteneos alerta. Quizá tengamos que volver a luchar. Pasadlo.

Sin volver la vista atrás, se puso a caminar rápido y maldijo cuando el gran escudo circular se le enganchó en las ramas que sobresalían de los arbustos al lado del camino. Su tamaño no facilitaba la movilidad. En momentos como ese, agradecía la lanza que llevaba, porque le servía de bastón y le ayudaba a pasar por encima de los numerosos cadáveres galos. A medida que se acercaba a la parte delantera, Mutt consideró que no se habían producido demasiadas bajas en su bando. «Bien», pensó. Los lanceros libios eran un bien escaso y, por el momento, era imposible sustituirlos.

Cuando vio más figuras emergiendo de entre los bosques, corrió al lado de Hanno.

—¿Más galos?

—Eso parece —masculló Hanno. Lanzó una mirada a Mutt—. ¿Estás ileso?

—Sí. ¿Y tú?

Hanno se secó la frente.

—Estoy bien. ¿Qué tal los hombres?

—Preparados para luchar otra vez si es necesario —respondió Mutt con más convencimiento del que sentía.

Hanno pareció aliviado.

—Esperemos que no haga falta.

Observaron con la mandíbula apretada a un grupo de cuatro hombres de las tribus que llegaba al camino. Al igual que sus atacantes, eran hombres peludos con bigote, ataviados con capas, túnicas de lana y pantalones estampados. También iban armados hasta los dientes con lanzas, espadas y puñales. Resultaba revelador que sus armas no tuvieran ni una sola mancha de sangre. Los hombres que habían tendido una emboscada a la falange se habían marchado sin luchar. A Mutt le pareció que esos guerreros no tenían una expresión hostil y rezó para que así fuera. Debían de ser muchos; si no, sus agresores no se hubieran marchado tan rápido.

El líder, una figura de mediana edad, con un bigote exuberante, empezó a explayarse en su idioma. Se dirigía directamente a Hanno, que se había adelantado un poco con respecto a sus hombres. Mutt escuchaba con atención dos pasos por detrás. No entendía ni una palabra. Cuando el guerrero galo acabó, Mutt lanzó una mirada a Hanno.

—¿Entiendes lo que ha dicho?

—No tengo ni puta idea —repuso Hanno en voz baja—. Bueno, he entendido alguna palabra: galos, romanos, Aníbal, luchar.

—Eso podría significar cualquier cosa —declaró Mutt con recelo.

—Lo sé. Sin embargo, ha dicho «beber» y «vino» muchas veces. Y ha escupido cada vez que mencionaba a los romanos y a los galos. Igual que sus hombres. Cuando ha hablado de Aníbal, sonreía como un lunático. Como ahora. —Señaló al guerrero—. ¿Latín? ¿Hablas latín?

El galo se echó a reír y se encogió de hombros.

—Vete a saber si podemos confiar en ellos, pero no parecen amigos de los que nos tendieron la emboscada.

Hanno desvió la mirada hacia los árboles de ambos lados.

—Si nos quisieran algún daño, ya nos habrían atacado, ¿no?

Mutt miró en derredor. El límite de los árboles volvía a estar lleno de figuras armadas. Se le pusieron los nudillos blancos en el asta de la lanza.

—Estoy de acuerdo.

—Mejor que sigamos hablando —susurró Hanno—. Así los hombres se quedarán tranquilos.

Mutt miró a los soldados que tenía más cerca, que estaban claramente preocupados.

—Que nadie se mueva. ¡El que lo haga perderá las pelotas! Pasadlo, rápido.

—Latín no —dijo el líder galo, que escupió un gargajo considerable en el barro. Señaló con el pulgar al hombre que tenía a la izquierda, un joven guerrero de pelo rubio—. Él latín sí.

Hanno hizo una inclinación de cabeza.

—Os doy las gracias a ti y a tus compañeros por ahuyentar a ese grupo —dijo en latín.

—¿Hablas la lengua del enemigo? —preguntó el guerrero rubio, sorprendido.

—Sí —respondió Hanno, sonriendo—. Igual que tú.

—Mi padre me envió a Placentia para que aprendiera a leer y escribir —dijo el guerrero con resentimiento—. También tuve que estudiar latín.

—Yo lo hablo porque fui esclavo en una familia romana durante un tiempo —reveló Hanno.

Mutt agradeció el par de años que había pasado como tripulante de un buque mercante antes de alistarse en el ejército. Había tenido por compañero de remos a un latino amable. Durante las largas jornadas en las que remaban, se habían enseñado mutuamente a apanárselas en sus respectivos idiomas. Tenía el latín oxidado, pero, si se concentraba, era capaz de entender casi todo lo que decían.

El guerrero rubio estaba sorprendido.

—Y ahora seguís a vuestro líder Aníbal a la guerra.

—Eso es. Estoy de patrulla con mis hombres.

—¿Os dirigís a Victumulae?

—Es adonde íbamos hasta que nos tendieron una emboscada. ¿Sabes quiénes nos han atacado?

—Los cenomanos.

Mutt enseguida entendió la situación. Aunque había cenomanos que servían con otros galos en el ejército, Mutt sabía que hasta hacía muy poco algunos miembros de esa tribu también habían luchado para Roma. Estaba claro que quienes les habían atacado seguían queriéndolo hacer.

—Muchos galos se han alistado a nuestro ejército —declaró Hanno—. Los boyos y los insubres en su mayoría, pero también hay algunos cenomanos. No esos, claro.

A Mutt no le agradó la mueca que hizo el guerrero rubio a modo de respuesta, ni la forma en que el líder reaccionó al oír mencionar a las primeras tribus. « Por todos los dioses, que no se conviertan en nuestros enemigos por culpa de una desaveniencia entre tribus », rogó. El líder ladró unas cuantas palabras al galo rubio en su idioma.

—Nuestro pueblo siente poca estima por los boyos y los insubres —declaró el guerrero rubio con altanería.

—No podemos llevarnos bien con todo el mundo. Por ejemplo, yo me peleé con mis hermanos —dijo Hanno alegremente, lo cual supuso un alivio para Mutt—. Disculpa mi ignorancia, porque sé poco sobre esta tierra, pero si no sois boyos, insubres ni cenomanos, ¿qué pueblo sois?

—Somos cenomanos, como los que os han tendido la emboscada —fue la respuesta orgullosa.

—Entiendo —dijo Hanno tan tranquilo—. ¿Y sois amigos o enemigos de Roma? —En un susurro añadió para Mutt—: Prepárate para ordenar a los hombres que luchen.

—Sí. —Mutt observó atentamente al guerrero rubio y rezó para que no se diera el caso. Aunque consiguieran escapar, teniendo en cuenta que los galos probablemente los superaban en número, sufrirían numerosas bajas.

—Roma es nuestro enemigo, al igual que los cenomanos que os tendieron la emboscada. Los hombres de esa tribu han estado saqueando nuestras tierras.

Mutt oyó que Hanno exhalaba un largo y corto suspiro de alivio. Él se sentía igual.

—Los romanos siempre han sido nuestros enemigos —declaró el guerrero rubio en voz alta. Escupió unas cuantas palabras en su idioma, lo cual hizo que sus compañeros blandieran los puños y gritaran lo que a todas luces eran palabrotas—. Antes de Telamon ya odiábamos lo que representaban, pero desde entonces hemos jurado luchar contra las legiones hasta que no nos quede ni una gota de sangre en el cuerpo.

—Pues es una buena noticia porque nosotros hemos hecho lo mismo —reconoció Hanno, que dio un paso adelante y le tendió la mano al líder.

El líder aceptó la oferta con una amplia sonrisa. Entonces se sucedió un torrente de palabras galas, salpicadas con relamidas de labios y palmadas en el vientre.

—Nos está ofreciendo su hospitalidad —dijo Mutt, encantado.

—Sí.

—Mi padre desea saber si aceptáis la oferta de comida y bebida —dijo el galo rubio.

—¡Por supuesto! —repuso Hanno, haciendo una media reverencia al líder—. ¿No somos muchos?

Negó con la cabeza para descartar la idea.

—Sacrificaremos suficiente ganado para alimentarnos a todos. Ningún hombre se sienta a la mesa de Devorix y se queda con hambre.

—Mis hombres estarán muy agradecidos —declaró Hanno—. ¿Vuestro líder se llama Devorix?

—De-vo-rix —interrumpió el líder, golpeándose el pecho.

—Es mi padre; más de trescientos guerreros lo llaman jefe —explicó con orgullo el guerrero rubio. Devorix señaló a Hanno con una mirada inquisidora y dijo algo—. ¿Cómo te llamas? —preguntó su hijo.

—Hanno. Y él es Mutt, mi segundo al mando.

—Ha-ngo. Mutt. ¡Mutt! —Devorix desplegó una amplia sonrisa.

—Mutt —repitió Mutt, asintiendo. Esbozó una sonrisa. En cierto modo, no le extrañaba que «Mutt» resultara divertido en galo. Se había criado oyendo bromas constantemente acerca de su nombre, cuya versión completa era Muttumbaal. Por mucho que significara «regalo de Baab», pensó con melancolía, no era precisamente fácil de pronunciar. De todos modos, Mutt le gustaba bastante aunque hiciera reír a los hombres.

—Me llamo Aios. Bienvenidos a nuestra tierra —se presentó el guerrero rubio.

—Gracias —repuso Hanno, visiblemente relajado.

—Hemos oído hablar de vuestro ejército. Supongo que todos vosotros marcháis hacia Victumulae porque necesitáis el grano que se encuentra en el interior de las murallas.

—Lo necesitamos como agua de mayo —respondió Hanno con una sonrisa—. Se necesita mucha comida para alimentar a decenas de miles de bocas.

—Venid. Nuestro pueblo no está lejos, a más o menos ocho kilómetros camino abajo. Hay grano y vino en abundancia para vuestros hombres, al menos para una noche. Nuestro druida también puede atender a los heridos.

—Nos honra vuestra hospitalidad —aseveró Hanno.

Mutt se hizo eco de sus palabras aunque en su fuero interno no estaba tan seguro de que los hombres de aquella tribu fueran de fiar. En cuanto un hombre se llenaba el vientre de vino, tendía a olvidar la idea de traición o un puñal entre las costillas.

Mientras Devorix y Aios esperaban, Hanno ordenó a sus soldados que reunieran a los heridos y a los muertos. Todo el mundo sabía cómo improvisar

una camilla para los heridos con dos lanzas y una capa en medio. Pero a los muertos —cuatro hombres— también había que llevarlos, ordenó Hanno. Podrían enterrarlos cerca del pueblo de la tribu.

Cuando acabaron, se dirigió a Mutt:

—A pesar de su amabilidad, debemos estar en guardia —le advirtió en voz baja—. De modo que los hombres no deberían beber demasiado.

«Eso será más fácil de decir que de hacer», pensó Mutt. Serían como caballos que no hubieran bebido en todo un día al llegar a un arroyo. Tendría que dejarles las cosas bien claras. No había nada como amenazar a los soldados con una paliza para que se comportaran bien. Eso y la promesa de que cualquier botín que encontraran pasaría a manos de él.

*

La mayoría de los soldados se esfumaron entre los árboles. Mutt supuso que tomaban caminos distintos. Se animó. Aquello ponía de manifiesto que los hombres de la tribu no les deseaban ningún daño. Al cabo de un momento, los libios se pusieron en camino con Devorix y Aios y sus dos compañeros.

Para cuando ya casi habían llegado al pueblo galo, Mutt había decidido que si Devorix había planeado matarlos, sabía disimular muy bien. El jefe de la tribu había estado hablando todo el camino, esperando con impaciencia a que Aios tradujera sus palabras. A juzgar por lo que Devorix decía, estaba esperando a que el ejército cartaginés llegara a la zona para ofrecer su apoyo a Anibal.

Por el momento, todavía no habían montado un ataque abierto contra las tropas romanas desde Victumulae, había explicado Aios, porque su asentamiento estaba demasiado cerca de la ciudad.

—Cuando recibimos la noticia de lo que había pasado en el Trebia, otro clan de nuestra tribu masacró a una patrulla romana. Sin embargo, unos cuantos legionarios se salvaron y contaron lo que había sucedido —había dicho Aios—. Al cabo de un día, el comandante de las fuerzas que estaban en el interior de Victumulae envió a quinientos soldados. Arrasaron el pueblo. Mataron a todo el mundo, incluidos perros y ganado. ¡Cabrones!

En aquel momento, Devorix había lanzado una larga y amarga diatriba en la que instaba a Aios a explicar que su hermana, casada con el jefe del clan, se contaba entre los muertos.

Hanno y Mutt habían intercambiado una mirada en la que sobran las palabras. Aquello demostraba claramente que aquellos guerreros estaban de su lado.

Los árboles fueron desapareciendo para ser sustituidos por prados vacíos

toscamente labrados. Varios grupos de cuervos chillones se habían congregado en los campos helados y levantaron el vuelo al aproximarse el grupo al poblado. Dos mocosos que vigilaban un rebaño de ovejas los contemplaron boquiabiertos, mientras un famélico perro les ladraba la bienvenida con el pelaje del cuello erizado. El asentamiento tenía la típica forma circular y el camino que conducía a él estaba especialmente embarrado. Las columnas de humo de varias hogueras se elevaban por encima de la empalizada. Se oían voces de hombres, mujeres y niños, a cada cual más estridente. Mutt también oyó el mugido de vacas y el martilleo del metal.

De pronto sintió nostalgia. Hacía muchos años que no visitaba Libia, pero los sonidos de la vida diaria del poblado galo eran los mismos que los de la aldea costera en la que se había criado. Su padre murió cuando él era un niño y no sabía si su madre aún estaba viva. Rogó a los dioses que así fuera. Seguro que su hermano, heredero de la pequeña granja familiar, seguiría trabajando la tierra, y sus hermanas se habrían casado y tendrían sus propias familias. Mutt se sintió abatido. Le gustaban los niños. ¿Llegaría a casarse y tener hijos alguna vez?, se preguntó.

—Podéis montar las tiendas aquí —comentó Aios señalando un terreno junto a la entrada de la aldea. Devorix y el resto de los galos entraron en el poblado—. Podéis enterrar a vuestros muertos al otro lado de la empalizada, donde descansan los nuestros.

—Gracias —respondió Hanno—. ¿Mutt?

Mutt volvió a la realidad.

—Sí. Montaremos las tiendas aquí, donde dice Aios, y después enterraremos a los muertos. —Inclinó la cabeza ante el galo a modo de agradecimiento.

—Os agradecería que cavarais las letrinas al otro lado de esos árboles —añadió Aios, señalando unos matorrales a unos doscientos pasos.

—Por supuesto —respondió Mutt. Si las letrinas estaban demasiado cerca de un poblado era fácil que se produjera un brote de disentería, entre otras enfermedades.

—Los preparativos del banquete tardarán unas horas, pero hay una especie de taberna en el pueblo donde vuestros hombres pueden ir a beber.

—Te lo agradezco, pero es temprano todavía. Quizás haya romanos por la zona —respondió Hanno de inmediato para gran satisfacción de Mutt.

Aios soltó un bufido burlón.

—No hay ni un jodido legionario en ocho kilómetros a la redonda. Nuestros ojeadores los hubieran visto, lo saben todo, hasta si un jabalí se tira un pedo.

Mutt no pudo evitar sonreír ante el comentario, pero le complació que Hanno se mantuviera firme.

—Me alegra saber que tenéis ojos y oídos en todas partes. De todos modos, prefiero mantener a mis soldados controlados hasta más tarde.

—Lo entiendo —respondió Aios con una carcajada y un guiño—. Avisaré al druida para que atienda a los heridos. Si necesitáis cualquier cosa, estaré en la taberna. Espero que podamos compartir una copa después.

Aios se marchó y Mutt empezó a dar instrucciones a los hombres.

—¿Qué opinas? ¿Podemos fiarnos? —dijo Mutt.

—Yo diría que sí. ¿Tú qué crees?

Mutt frunció los labios y recordó lo que habían explicado Devorix y Aios.

—Yo diría que son buena gente. Los galos son conocidos por ser sencillos, valientes, irascibles y rencorosos. Con la excepción de los voconcios y los cenomanos, que hace poco cambiaron de bando, no son traicioneros. Suelen ser de fiar y no se andan con dobleces.

—Eso había oído —convino Hanno—. Devorix parece un buen tipo y Aios me cae bien. ¿Quiénes son los voconcios? —preguntó con curiosidad.

—Son los cabrones hijos de puta que nos tendieron la emboscada en los Alpes. Murieron centenares de hombres. —Mutt todavía recordaba los gritos de los soldados muertos o que quedaron aplastados por las rocas—. Pero les hicimos pagar su traición con creces. Sobre todo a su hermano, Sapho.

Mutt percibió una extraña expresión en el rostro de Hanno, pero desapareció antes de que pudiera preguntarle nada. ¿Era rabia, quizá?

—En cualquier caso, quiero que montéis el campamento como siempre. Cavad una trinchera defensiva y montad una empalizada tan alta como un hombre —ordenó Hanno—. Cuando acabéis, la mitad de la falange podrá ir a la aldea y disfrutar de la noche libre. El resto deberá permanecer aquí y triplicaremos el número de centinelas. Si nos traicionan, al menos no nos pillarán totalmente desprevenidos.

A los hombres no les iba a hacer ni pizca de gracia aquella orden, pensó Mutt. Se llevaría a Bogu de apoyo cuando se la comunicara.

—¿Cómo vamos a elegir a los que se quedan?

—A suertes, supongo que es lo más justo. Para facilitar las cosas, diles que me aseguraré de que les sirvan comida abundante, y también vino, aunque no en las mismas cantidades que al resto.

—Muy bien.

El respeto de Mutt por Hanno aumentó un poco más. Era muy astuto no negar a la mitad de los hombres los placeres de los que iban a disfrutar esa noche sus compañeros más afortunados. A Mutt le hubiera gustado ir al banquete, pero Hanno probablemente quería que se quedara en el campamento a vigilar las cosas mientras él se emborrachaba. Ese era uno de los privilegios de ser el comandante, pensó.

—Tú podrás ir en cuanto yo regrese.

Mutt lo miró sorprendido.

—¿Cómo?

—Devorix esperará verme allí al principio. Me quedaré una hora o dos y después me excusaré. Tú podrás ir en cuanto yo regrese.

Mutt esbozó una amplia sonrisa, algo muy poco habitual en él.

—¿Estás seguro?

—Si no lo estuviera, no te lo habría dicho, Mutt.

—Gracias. —Mutt se cuadró—. Será mejor que me ponga en marcha. El campamento no se va a montar solo.

Mutt dio media vuelta y notó la mirada de Hanno clavada en su espalda mientras se marchaba. «El chico es listo», pensó. Al parecer, Hanno había aprendido bien las enseñanzas de su padre, Malchus. «Esperemos que los dioses le permitan dirigir la falange durante el resto de la guerra», rogó Mutt. Los buenos comandantes eran incluso más escasos que los lanceros libios y debían atesorarse.

Mutt esperó a que los hombres hubieran cavado el perímetro antes de explicarles el plan. Si se lo hubiera dicho antes, los más desafortunados habrían seguido cavando hasta el anochecer. Una vez montadas las defensas y las tiendas, aprovechó el momento de pausa para reunirlos y explicarles brevemente la situación. Para su gran alivio, hubo menos protestas de las que se esperaba.

Quizá se debiera al hecho de que Mutt se metió sin piedad con Ithobaal por su inmerecida buena suerte, dado que era uno de los afortunados que iría al banquete. Mutt le ordenó que antes de emborracharse debía llevar vino abundante a sus compañeros menos afortunados, que debían soportar sus quejas continuas. Sus palabras fueron recibidas con muestras de alegría y carcajadas, mientras que Ithobaal, colorado como un tomate y echando humo por las orejas, no tuvo más remedio que prometer que no se olvidaría de sus amigos.

—¿Vas a ir al banquete? —preguntó Bogu, que también había sacado una de las pajitas ganadoras.

—Quizá después, pero estaré sobrio, así que portaos bien. No quiero que os peleéis con ningún galo y mucho menos que molestéis a sus mujeres, al menos no sin su permiso. Si os pilló o me entero de que estáis haciendo algo malo, ¡os vais a enterar! ¿Lo tenéis claro? —Mutt les clavó la mirada hasta que todos los hombres asintieron.

—Podéis ir a la aldea en cuanto se ponga el sol.

Mutt eligió a los centinelas y dio descanso al resto de los hombres. Aunque nunca lo admitiría ante ellos, estaba muy satisfecho con su actitud. Su vida había mejorado desde el descenso de los Alpes, pero no tanto como hubieran deseado. Un banquete les subiría la moral y les permitiría descansar del frío y la monotonía de la marcha y la lucha, así como del hambre constante. El estómago de Mutt rugió en ese momento como dándole la razón.

Varias horas después...

Mutt vislumbró a contraluz la figura familiar de Hanno abandonando la aldea,

y sonrió. Ya había pasado a ver a los centinelas y los heridos y se había asegurado de que los hombres que se quedaban en el campamento no hacían ninguna tontería. A pesar de su determinación de permanecer sobrio, a Mutt le apetecía tomar una copa. Del centro del poblado le llegaba el rumor de gente cantando y música y de un jolgorio general que iba aumentando de volumen. El vino y la comida que habían llevado al campamento una docena de chiquillos galos no había durado demasiado.

«Tranquilo —se dijo. Quizás Hanno había cambiado de opinión con respecto a la fiesta—. No me marcharé hasta que me lo ordene». Mutt fue al encuentro de Hanno, curioso por ver si su comandante estaba borracho.

—Buenas noches.

—Mutt. ¿Hay señales del enemigo?

—Salimos de patrulla hace una hora y el único ser vivo que hemos visto a un kilómetro a la redonda ha sido un búho. No hay nadie ahí fuera.

Hanno suspiró aliviado.

—¿Qué tal van las cosas en la fiesta?

Hanno rio.

—¡Es un caos! Jamás había visto a nadie tragar vino como a estos galos. ¡Beben como esponjas! Aunque nuestros hombres no les van a la zaga. Hay suficiente vino ahí para un regimiento. La cantidad de comida también es increíble. Están haciendo concursos de bebida y echando pulsos. Baile. Música. Ha sido una gran fortuna toparnos con Devorix. Realmente lo habré juzgado muy mal si ahora ordena a sus hombres que nos rebanen el cuello en medio de la noche.

—Me alegra oírlo.

Mutt constató complacido que Hanno parecía sobrio. A pesar de la juerga, no se había olvidado de sus responsabilidades como comandante.

—Ahora te toca a ti —anunció Hanno.

—¿Seguro? —se limitó a decir Mutt, aunque por dentro estaba encantado.

—Lárgate ya y disfruta. No dejes que los hombres se metan en líos. No queremos problemas.

—No les quitaré ojo.

—Por la mañana saldremos una hora más tarde de lo habitual. No pasa nada si dejamos que los muchachos duerman un poco más.

—Muy bien —contestó Mutt, satisfecho—. Buenas noches.

Hanno se despidió con un gesto de la mano y desapareció en la oscuridad de la noche.

Mutt hurgó debajo de la capa y palpó la empuñadura de la pequeña daga que siempre llevaba encima. Fuera adonde fuera, no le gustaba ir desarmado. Tomó el camino a la aldea. A cada lado de la entrada había sendas antorchas sobre soportes metálicos. Al principio no vio a ningún centinela, pero una vez dentro

descubrió la figura de un gallo echado en el suelo con una jarra al lado. Sus ronquidos podían despertar a los muertos. « Menos mal que no hay ningún jodido romano cerca », pensó Mutt.

Dentro de la empalizada, el bullicio era mucho mayor. Mutt distinguió las voces graves de los galos cantando y el retumbar de un tambor. Alguien tocaba un cuerno. También identificó el sonido de flautas y campanillas mezclado con risas y conversaciones a gritos. Mutt siguió el sendero fangoso entre las pequeñas chozas, en dirección al centro del poblado. Por el camino se encontró con un grupo de niños que se perseguían entre sí chillando, y después pasaron un hombre y una mujer cogidos del brazo y hablando en voz baja. También oyó a una pareja copulando en una choza cercana y vio a una vieja harapienta que lo miraba fijamente desde el umbral de una chabola ruinosa. Por si acaso, Mutt murmuró una plegaria contra el mal de ojo. El hecho de que Devorix les hubiera acogido con los brazos abiertos no significaba que a todos les gustara su presencia. La vieja era lo más parecido a una bruja que Mutt había visto en mucho tiempo.

Cuando llegó al centro de la aldea, Mutt se tranquilizó de nuevo. Una hoguera enorme iluminaba el lugar como si fuera de día. Todos los habitantes del pueblo parecían estar allí. Grupos de hombres y mujeres bailaban alrededor del fuego al son de la melodía que tocaba un grupo de músicos. Había tres hogueras con parrillas de hierro en las que se cocinaban piernas de ternera. Hambrientos, los soldados se acercaban para cortar grandes trozos de carne con los cuchillos pese al riesgo de quemarse. Casi todos los presentes estaban congregados alrededor de una pirámide de ánforas delante de la cual se habían colocado varias mesas y bancos. Los hombres estaban sentados allí bebiendo, hablando y contándose chistes. Allí es donde se encontraba el grueso de la falange, lo cual no era de sorprender.

Se acercó al grupo sin ser visto, lo cual le brindó la posibilidad de observar a sus hombres. Había muchos sentados juntos en una media docena de grandes mesas. Numerosos galos ocupaban el resto. Casi todos los hombres parecían bastante borrachos, pero no vio a nadie discutiendo. Algunos galos se habían sentado con sus soldados, y al menos dos estaban echando un pulso. Uno de ellos parecía estar enseñando una canción a un lancero. Sin embargo, la mayoría de los libios estaban de pie junto a la improvisada barra, formada por unas planchas de madera colocadas sobre unos tocones, y conversaban animadamente con unas jóvenes galas. A juzgar por las risas y los coquetos pestañeos, parecían entenderse muy bien a pesar de la barrera del idioma.

Mutt decidió que podía permitirse beber una copa. Se abrió paso hasta unos de los bancos donde estaban sus soldados y gritó hasta que alguien le trajo una copa llena a rebosar. La bebió de golpe y la acidez del vino hizo que se le empañaran los ojos.

—¡Por el culo peludo de Melcart! ¡Esto sabe a vinagre!

—¡Porque es vinagre! —gritó Bogu entre carcajadas.

—¡Pero sube a la cabeza el doble de rápido! —dijo un soldado sonriendo—. ¡Es lo que importa!

Todos golpearon la mesa con los puños y las copas a modo de aprobación.

Mutt saludó a Bogu copa en mano.

—¡Brindemos por ello! ¡A tu salud y a la de todos vosotros! Que salgáis de esta guerra con la polla y las pelotas intactas y sin perder más de una extremidad cada uno. —Los hombres rieron y Mutt esperó un momento antes de continuar—. Una cosa más: ¡que Aníbal nos conduzca a la victoria!

Los hombres lo aclamaron entusiasmados y los soldados de las otras mesas se unieron al instante.

—¡A-NÍ-BAL! ¡A-NÍ-BAL! ¡A-NÍ-BAL!

Mutt sonrió. Intuía que iba a ser una buena noche. Alguien posó la mano sobre su hombro.

—¿Puedo unirme a vosotros?

Mutt se volvió y reconoció a Aios.

—¡Claro! —Mutt dio un pequeño empujón al hombre que tenía a la derecha—. ¡Córrete!

Aios se apretujó en el pequeño espacio libre, con cuidado de no volcar la copa que llevaba en la mano.

—Parece que tus hombres se lo están pasando bien.

—Es imposible no pasárselo bien. Te agradezco la hospitalidad. Una hoguera, vino y comida. ¿Qué más puede pedir un hombre?

Mutt no mencionó a las mujeres porque podían ser una potencial fuente de conflicto.

—No olvides a las mujeres —añadió, sin embargo, Aios.

—Desde luego. Pueden ser muy buena compañía —contestó Mutt, incómodo—. ¿Vuestro jefe se molestaría si pasara... uhm... algo? —preguntó, señalando al grupo cercano de mujeres—. ¿Saltarían vuestros hombres a defenderlas si mis soldados se acostaran con ellas?

Aios sonrió, sorprendido.

—¿Por qué iban a hacerlo? —Aios vio la mirada de incompreensión de Mutt y aclaró—: Las solteras pueden copular con quien deseen. A nadie le importa —dijo el galo.

—¿De verdad? —Mutt se volvió para mirar de nuevo a las mujeres. La mayoría eran aceptables y dos eran definitivamente guapas—. Quizá debiera acercarme, a ver si suena la flauta.

Mutt no bromeaba del todo. ¿Cuánto hacía que no pagaba a una mujer para acostarse con él? ¿Cinco años? «No, más que eso», concluyó con tristeza. La vida en el ejército implicaba que las únicas mujeres con las que tenía contacto

eran prostitutas o prisioneras de guerra que carecían de todo tipo de derechos.

—Ve a hablar con ellas —le instó Aios dándole un codazo—. ¡Cuando sepan que eres el segundo oficial, seguro que las tienes en el bote!

Aios no bromeaba y Mutt se sintió tentado, pero no levantó las posaderas del banco. Tomó otro sorbo de vino.

—Esta noche no.

—¿Por qué? ¡Pueden pasar meses hasta que se presente otra oportunidad así! «¡Y más tiempo también!» , pensó Mutt con amargura.

—Debo vigilar a mis hombres.

Aios vio el brillo resuelto de los ojos de Mutt y no insistió.

—La obligación es lo primero.

—Siempre —respondió Mutt echando un suspiro—. Un par de copas más y ya estoy.

—Son gajes del oficio —comentó Aios sonriendo—. Por suerte, yo no tengo que llevar a mis guerreros a ningún lado mañana por la mañana —dijo bebiendo un trago.

Se oyó un grito y todos se volvieron. Mutt estiró el cuello para ver lo que sucedía. Un galo se había plantado delante de una mesa de soldados y los miraba belicoso. A Mutt se le hizo un nudo en el estómago y se incorporó a medias con la esperanza de que aquello no fuera lo que parecía. Ambos bandos habían ingerido grandes cantidades de vino y era fácil que estallara una refriega. Si eso sucedía, podían perderse vidas muy valiosas...

—Una cosa que a los cenomanos nos gusta tanto como el vino es la lucha libre —susurró Aios al oído de Mutt—. Ese es Acco, uno de los mejores luchadores del pueblo. Seguro que quiere batirse con uno de tus hombres.

A Mutt le alivió saber que no estaba a punto de producirse una pelea, pero no estaba seguro de que fuera una buena idea iniciar una competición de lucha libre. De todos modos, lo que él pensara resultaba irrelevante, puesto que Ithobaal y a se había incorporado entre las sonoras ovaciones de sus compañeros.

—¡PELEA! ¡PELEA! ¡PELEA!

La luz de la hoguera iluminó la moneda de plata que Aios sostenía entre los dedos.

—Apuesto una moneda a que ganará Acco —dijo con una sonrisa.

Mutt contempló los voluminosos músculos de Acco e hizo una mueca. El galo iba más bebido que Ithobaal, a juzgar por sus movimientos tambaleantes, pero doblaba en tamaño al libio. En cualquier caso, Mutt no deseaba ser maleducado y aceptó la apuesta de su anfitrión.

—Tengo el dinero en la tienda —empezó a decir Mutt.

—Tu palabra me basta —interrumpió Aios.

—Bien —dijo Mutt, y encajaron las manos.

Al acto se formó un círculo de hombres entusiastas con los dos protagonistas

en el centro. Aios se colocó en medio del círculo entre ambos oponentes. Explicó las reglas del juego a Ithobaal y Mutt escuchó con atención. Estaban prohibidos los puñetazos, los mordiscos y clavar los dedos. La lucha debía permanecer dentro del círculo y el combate finalizaría cuando uno de los oponentes dijera e hiciera una señal con la mano a modo de rendición. Eso era todo. Ithobaal asintió. Acco gruñó.

Aios levantó la mano y la bajó y se retiró a toda velocidad. Los partidarios de cada bando animaron a sus luchadores.

« Por todos los dioses, que Ithobaal no acabe herido de gravedad », rogó Mutt. Poco le importaba si perdía una moneda.

Los hombres se abalanzaron entre sí como animales salvajes. Acco trató de estrujar a Ithobaal entre los brazos, pero el libio era demasiado rápido y lo esquivó. A continuación, Ithobaal agarró el brazo derecho del gallo, se lo llevó a la espalda y lo volcó. Acco cayó al suelo al son de los vítores de los partidarios de Ithobaal, pero cuando este intentó aterrizar sobre Acco para inmovilizarlo, el gallo se puso boca arriba y abrazó a Ithobaal con fuerza.

Mutt contempló fascinado cómo Ithobaal intentaba liberarse. Parecía un insecto atrapado en una telaraña. El libio rugía y sacudía las piernas en vano. Frustrado, trató de golpear a Acco con la cabeza, pero este anticipó su movimiento y paró el golpe con el pómulo. Después se rio y estrechó todavía más su cerco sobre Ithobaal.

— ¡Acco es más fuerte que un toro! — exclamó Aios encantado.

— Ya lo veo — gruñó Mutt al oír los lamentos de Ithobaal.

Para gran alegría de los galos, Ithobaal se rindió al poco rato, aunque de malos modos. Casi no aceptó la mano amistosa que le tendió Acco.

— Ha sido una victoria contundente — concedió Mutt dando una palmada en la espalda a Aios—. Acco es un campeón.

— También es uno de nuestros mejores guerreros.

— Mira. Otro de mis soldados quiere retarle.

El nuevo contrincante era el hombre más grande de la falange, al que apodaban Toro. Animado por el vino, Mutt pensó que Toro tenía más posibilidades de ganar.

— El combate estará más igualado esta vez — sentenció Aios con los ojos brillantes—. ¿Doble o nada?

— Claro — aceptó Mutt, pensando que quizá tuviera más suerte esta vez.

Pero no fue así. Toro tardó poco rato en caer vencido. Le siguió un lanzador de jabalinas, que afirmaba haber sido entrenado por un luchador griego.

Mutt ya había perdido tres monedas. Acco estaba en el centro del círculo, el torso desnudo y cubierto de sudor. Parecía invencible, era como la estatua de un dios que hubiera cobrado vida. Ninguno de los hombres de Mutt quería luchar contra él.

—¿Quieres probarlo tú? —preguntó Aios.

Mutt soltó un bufido.

—¿Estás loco? Me aplastaría como a un escarabajo.

Aios miró a su alrededor, pero no había voluntarios.

—Parece que no hay más contrincantes. Creo que podemos decir que los cenomanos han ganado esta batalla.

—Desde luego. No hay duda —convino Mutt, aunque no sin cierto resquemor.

«¿Acaso tus hombres podrían resistirse a toda mi falange? —se preguntó—. No estoy tan seguro».

Con suerte, jamás tendrían que comprobarlo. En lugar de ello, Devorix y sus hombres se unirían a Anibal y a su ejército en su lucha contra Roma.

—¡Ja! —proclamó Aios—. ¡Parece que la lucha continúa!

Mutt no daba crédito a sus ojos. Ithobaal, Toro y el soldado entrenado por el griego habían atacado a Acco a la vez. Ithobaal le había agarrado un brazo y Toro otro, mientras su compañero trataba de tumbarlo por todos los medios.

«Mierda —pensó Mutt—. Ahora todos los galos se unirán a la pelea».

Bramó a sus hombres para que se detuvieran, pero no hubo manera humana de que le oyeran. El clamor del público era ensordecedor.

—Lo siento —se disculpó ante Aios—. Serán castigados por esto.

Para su gran sorpresa, Aios rio.

—¡Me gusta su espíritu! —exclamó.

Varios galos se habían acercado al ring para ayudar a Acco y Aios se acercó con rapidez, esquivando la gran masa que formaban Acco y sus tres atacantes. Gritó una orden y todos los galos se retiraron, excepto dos. Aios regresó junto a Mutt.

—Ahora está más igualado, ¿no crees?

—Supongo —respondió Mutt, divertido ante la situación.

La lucha tripartita continuó un tiempo, lo suficiente para que Mutt pudiera beber dos copas de vino más. Inevitablemente, Acco volvió a vencer a Toro, pero tanto Ithobaal como el soldado entrenado por el griego batieron a sus oponentes. Los hombres de Mutt gritaron como locos cuando el último gallo se rindió.

A Mutt le preocupó que la situación se saliera de madre, pero los galos parecían tomárselo con gran deportividad, riendo y dando palmaditas en la espalda de los soldados que tenían más cerca.

Mutt se volvió a Aios.

—Dos combates cada uno. ¡Estamos empatados!

—Admiro a tus soldados por no rendirse —declaró Aios alzando la copa—. ¿Qué tal si ahora combatimos tú y yo?

El gallo le llevaba unos cinco años y seguramente estaba menos borracho que él, pensó Mutt al notar el vino que le corría por las venas.

—Otro día, quizá. Cuando no esté tan borracho.

Aios río.

—Eres un hombre prudente, Mutt. Ya veo por qué has llegado dónde estás. No inicias un combate si no estás seguro de la victoria.

—Algo así.

—Vamos, compartamos otra copa de vino antes de que te vayas.

Y así lo hicieron.

*

A la mañana siguiente, Mutt se quedó dormido por primera vez en muchos meses. Se había pasado la mitad de la noche orinando y bebiendo agua, así que no era de extrañar, se reprendió.

Cuando Bogu le despertó, lucía una sonrisita que Mutt decidió ignorar.

—Ya voy, ya voy —gruñó Mutt. Bogu asintió y sacó la cabeza del interior de la tienda—. ¡Di a los hombres que desmonten el campamento! —ordenó Mutt tras él.

—Ya están en ello —respondió Bogu.

Mutt volvió a tumbarse con un gemido. «Solo un poquito más», pensó. Deseó no haberse tomado la última copa. Era esa la que siempre le daba dolor de cabeza y escalofríos y le aceleraba el corazón. Era culpa suya. Debería de haber parado antes, pero era difícil rechazar una copa cuando notaba ese agradable calor en el cuerpo.

Se obligó a levantarse, se quitó la túnica y salió de la tienda totalmente desnudo. El aire frío le acarició el cuerpo. Agarró el cubo de cuero que había dejado allí para ese fin, lo levantó y vació el contenido —agua del río— sobre su cuerpo. El hielo que se había formado en la superficie se rompió en varios pedazos al chochar contra su cabeza y le siguió un torrente de líquido helado. El *shock* y el dolor eran exquisitos.

—¡Por las pelotas de Baal Hammón! —exclamó.

—¿Bebiste una copa de más anoche?

Mutt se volvió y se encontró con la mirada irónica de Hanno.

—Puede que sí —murmuró.

—¿Algún problema?

Ya contaría a Hanno lo del combate de lucha libre cuando surgiera la oportunidad, pensó Mutt.

—No.

—Bien. Los centinelas tampoco vieron nada —comentó Hanno dando media vuelta—. Es mejor que te vistas. Nos pondremos en marcha pronto.

De pronto, consciente de que todas las miradas estaban puestas en él y su

hombria, Mutt estiró los brazos como si acabara de levantarse de una cómoda cama. Recordó que, en circunstancias que no eran normales, su padre siempre decía que lo importante era actuar con naturalidad. Mutt fingió un bostezo y regresó a la tienda. Oyó algunas carcajadas, pero no demasiadas. Podía vivir con ello.

En cuanto se puso en marcha, se encontró mejor. También le ayudó beber un odre entero de agua del arroyo. Agradecía sentirse mejor, así la inminente marcha no sería un infierno absoluto.

Aios y Devorix salieron de la aldea para despedirse, ambos vestidos con capas de piel. Los ojos enrojecidos y el pelo alborotado eran las únicas señales que evidenciaban las actividades de la vigilia.

—Mi padre desea que hables a Aníbal de nuestra amistad —pidió Aios—. Tenemos previsto encontrarnos con vuestro ejército en las murallas de Victumulae.

—Se lo diré —prometió Hanno—. Os agradezco vuestra hospitalidad.

—Yo también —añadió Mutt en latín para gran sorpresa de Hanno y Aios.

—Tu segundo oficial es un hombre de muchas habilidades —comentó Aios.

—Eso parece —respondió Hanno mirando a Mutt.

—Ojalá nos veamos pronto —dijo Aios.

Estrecharon las manos y se despidieron. Hanno ordenó a los hombres que se pusieran en marcha.

Tomaron el camino a Victumulae que les había indicado Aios, rumbo al norte y campo a través. Muchos galos salieron a despedir a los soldados, que vociferaron su agradecimiento y silbaron al puñado de mujeres que se despedían con la mano desde la empalizada. Mutt deseó haber retozado con alguna de ellas la noche anterior. «Hay que aprovechar la oportunidad cuando se presenta», pensó, arrepentido.

—Eres una caja de sorpresas —comentó Hanno mirando a Mutt de soslayo.

—Todos tenemos un pasado.

—Tienes razón —replicó Hanno, pensativo.

Mutt no indagó. Si Hanno deseaba contarle algo, ya lo haría. Y si no se lo contaba, tampoco pasaba nada.

—Con tu permiso, voy a dirigirme al centro de la columna.

Inmerso en sus pensamientos, Hanno simplemente asintió con la cabeza.

A media tarde, la resaca de Mutt ya había desaparecido. Los hombres conversaban entre sí como siempre y los heridos aguantaban como podían. Y esta vez Ithobaal no se estaba quejando. Lo mejor de todo era que el cielo estaba despejado y que de vez en cuando lucía el sol. Reinaba un buen ánimo general. Mutt agradeció que la moral estuviera alta, cuando poco después los

exploradores, que habían ido a reconocer el lugar más lejos de lo habitual, les comunicaron que habían avistado el campamento de una patrulla romana a un kilómetro y medio hacia el norte.

Al oír la noticia, Hanno llamó a Mutt y ambos los interrogaron juntos.

—¿Cuántos hombres creéis que son? —inquirió Hanno.

—Es difícil de decir con exactitud —respondió el primer explorador, un veterano de cabello gris en quien Mutt confiaba—. La línea de árboles finaliza a más de doscientos pasos de la trinchera defensiva, pero sin duda son menos que nosotros.

El segundo explorador murmuró su acuerdo.

—Me pregunto lo que hacen aquí. Quizás estén buscando más aldeas de cenomanos para castigarlos.

—Lo que está claro es que no esperan encontrarse con nuestras tropas —comentó Mutt—. De lo contrario, serían muchos más.

Hanno asintió con una amplia sonrisa.

—¿Han montado el campamento para todo el día? —preguntó Mutt al veterano.

—Eso parece. Continúan cavando la trinchera alrededor del campamento.

—Al menos tendrán una pala entre las manos. Es un buen momento para atacarlos, si es lo que tenías previsto hacer —comentó Mutt.

—Así es —respondió Hanno con los ojos brillantes.

Mutt notó ese sentimiento familiar de miedo y emoción previo a una batalla y sonrió brevemente.

—Será mejor que nos preparemos.

Una hora más tarde, Mutt observó el entorno y gruñó. El bosque por el que habían estado marchando y en el que se hallaba la aldea de los cenomanos había llegado a su fin, al menos durante un trecho, y el camino farragoso conducía a un espacio abierto relativamente plano. Aparte de unos cuantos arbustos, nada les cubría desde allí hasta el campamento romano, a unos doscientos cincuenta pasos.

—El comandante romano ha elegido bien el lugar para montar el campamento —comentó Mutt con semblante sombrío.

—¿Crees que es mejor no atacar? —espetó Hanno, irritado.

Hanno nunca había sido tan franco con él. Mutt pensó que se debía al hecho de que se encontraban solos. Los hombres estaban tumbados entre los árboles más atrás, esperando órdenes. Hanno y Mutt se habían aproximado al borde del campo abierto para evaluar la situación. Era una señal de que se estaba ganando la confianza de su comandante. Le gustó la idea.

Mutt volvió a estudiar el campamento romano. Había varias columnas de humo de las hogueras donde los romanos cocinarían la cena. Había centinelas caminando de un lado para otro dentro de las defensas. Varios hombres

regresaban del río con odres de agua. Su aspecto era muy similar al de su propio campamento después de una jornada de marcha. ¿Cuál sería la mejor manera de abordarles? Si lanzaban el ataque desde donde estaban, los romanos los verían de inmediato y ellos llegarían agotados a la empalizada, mientras que el enemigo estaría fresco y preparado para la lucha. Quizá sería mejor retirarse, pensó.

—Perderíamos a demasiados hombres si atacamos ahora —comentó Hanno, decepcionado.

De pronto, Mutt se inspiró.

—Esperemos una hora, hasta que haya oscurecido. Podemos avanzar entonces. Los centinelas no nos verán hasta que estemos encima y el grito de alarma no servirá de gran cosa. Los legionarios estarán cómodos en sus tiendas con las barrigas llenas y sin armadura. ¡Los machacaremos!

Hanno miró a Mutt, preocupado.

—Atacar de noche es arriesgado. Es fácil confundir al amigo con el enemigo y quedar aislado de los compañeros.

—Los hombres están bien preparados. Ya has visto lo disciplinados que son. Tú da las órdenes y ellos las obedecerán.

Se miraron largamente hasta que Hanno asintió.

—Muy bien. Haremos lo que sugieres.

Los cortos días de invierno aseguraron que pronto quedaran sumidos en la oscuridad. Habían apilado los equipos, menos las armas y los escudos, en un lugar junto al camino. Para reducir las posibilidades de ser descubiertos, se habían embadurnado con barro la cara, la mano derecha y el casco cónico. Los soldados aguardaban al acecho al borde de los árboles en dos grupos. El primero, bajo las órdenes de Hanno y, el segundo, bajo las de Mutt. Un asalto desde tres o cuatro puntos hubiera sido más efectivo, pero Hanno pensó que hacerlo podía causar muertes innecesarias. Mutt estaba de acuerdo. Si todos los hombres se movían en el campo enemigo en una misma dirección, era más difícil que se mataran entre sí. Hanno lideraría el ataque, mientras que el grupo de Mutt debería esperar en el lado opuesto del campamento, fuera de la empalizada, para caer sobre los romanos que huieran.

—¿Preparado? —susurró Hanno.

—Sí —respondió Mutt.

—Ocupad vuestras posiciones. Os daré una ventaja de trescientos segundos antes de ponerme en marcha. Que los dioses os acompañen.

—Y a ti. —Mutt se dirigió a sus hombres—: Seguidme. Diez filas de cuatro. Caminad a varios pasos de distancia de vuestros compañeros. Lo más silenciosos posible. De lo contrario, vuestros compañeros y el jefe quizá tengan que pagar vuestra caída con su vida. ¿Queda claro?

—Sí —le respondieron con un murmullo.

A esas alturas el campamento romano no era más que una línea oscura a lo lejos, pero eso no evitó que a Mutt el sudor le corriera por la espalda en cuanto salieron de la protección que les ofrecían los árboles. El terreno embarrado les succionaba las sandalias, lo que hacía que les costara más andar. Mutt maldijo los sonidos húmedos que emitían y a regañadientes describió una línea en diagonal más amplia de la que había planeado, en dirección al extremo izquierdo de la posición enemiga. Llegó a la conclusión de que Hanno tendría el mismo problema. Llegarían a su posición a tiempo.

Al cabo de setecientos largos instantes, Mutt llegó a unos cincuenta pasos de la entrada situada en frente de la que atacaría Hanno. En la penumbra, no era más que una rendija vertical en la silueta tenue que era la muralla. Los movimientos lentos —la parte de arriba de los cascos— a lo largo de la pared superior de la fortificación indicaba la presencia de un par de centinelas. Mutt estaba convencido de que no habían visto a sus lanceros. Para empezar, estaba oscuro como la boca de un lobo. Además, no habían emitido ningún ruido aparte de hablar entre sí al pasar. Ya había dado instrucciones a sus hombres sobre lo que debían hacer. Cuando dio la señal, se abrieron en abanico formando un gran semicírculo que cubría casi toda la zona situada delante de la entrada. Él ocupó el punto central que daba directamente a la abertura de la muralla. Lo único que tenían que hacer entonces era esperar.

Empezó a roerle la preocupación. Rezó para que Hanno y sus hombres alcanzaran el lado más alejado del campamento sin ser vistos; para que cuando atacaran provocaran el pánico generalizado; para que los romanos que aparecieran ante ellos estuvieran demasiado aterrados para contraatacar.

De repente, Mutt centró la atención en un grito que fue interrumpido. Le siguió un chillido que se apagó con una tos estrangulada.

—¡Preparados! —susurró a los hombres de cada lado—. ¡Pasadlo!

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando los gritos de guerra de Hanno y sus soldados rasgaron el silencio. Mutt escudriñó la muralla para intentar ver qué ocurría. Una luz resplandeció contra el cielo, parpadeó y luego aumentó su brillo. Pensó que una tienda se había incendiado y sintió una sombría satisfacción. Los centinelas apostados en las murallas cerca de Mutt profirieron gritos de confusión y, al cabo de un rato, abandonaron sus puestos.

El griterío se inició poco después y rápidamente se convirtió en el sonido dominante, que indicó a Mutt todo lo que necesitaba saber. Realizó el pequeño ritual que tan útil le había resultado muchas veces antes: asegurarse de que las sandalias estaban bien adheridas al terreno; preparar la lanza y sujetar el asa del escudo incluso con más fuerza, además de elevar una plegaria silenciosa a Melcart y Baal Hammón, sus dioses preferidos.

El martilleo de unas pisadas llamó la atención de todos como mariposas

nocturnas a una llama. Al cabo de un momento, una figura solitaria surgió por la entrada de enfrente y corrió hacia ellos a toda velocidad. Su vida acabó en la lanza de un soldado que estaba cerca de Mutt.

« Uno menos —pensó Mutt—. Nos faltan otros cien o más» .

El siguiente romano tampoco los vio, ni los dos que le siguieron, ni los cuatro legionarios que salieron a continuación. Todos murieron sin siquiera asestar un golpe a alguno de sus hombres. Para entonces el ruido de la lucha en el interior del campamento había alcanzado niveles ensordecedores y Mutt pasó la orden de prepararse para una arremetida mayor. El ataque de Hanno iba bien. Enseguida les llegaría más « trabajo» .

Un grupo de unos veinte legionarios salió en tropel por la entrada, gritándose y chillándose los unos a los otros. Corrieron hacia Mutt sin sospechar ni ser conscientes de que había más enemigos a la espera. Mutt emitió un siseo y un puñado de lanceros que estaban cerca corrieron a su lado. Formaron un pequeño muro de escudos un instante antes de que los romanos los vieran. Las maldiciones y los gritos de terror rasgaron el ambiente, pero era demasiado tarde. Chocaron contra Mutt y los demás como un barco contra una roca oculta. Los tachones de los escudos se clavaron en carne enemiga. Cuchilladas. Estocadas. A Mutt le salpicó sangre en la cara. Parpadeó para quitársela y clavó la lanza en el hombre que tropezó con el cuerpo de su compañero que caía. Era como arponear peces en una charca.

Sin embargo, tal como Mutt había imaginado, la presión de los legionarios que huían aumentó enseguida. No tenía sentido perder a alguno de sus hombres, así que ladró una orden. Sus soldados se separaron, permitiendo así que los romanos corrieran a internarse en la oscuridad. Cuando apareció otro gran grupo, los dejó pasar sin ponerles trabas. Decidió que él y sus soldados abatirían a los romanos como los lobos que atacan a los rezagados. Con la suficiente cautela y un poco de suerte, no sufrirían ninguna baja.

Aparecieron más rezagados y los mataron. El nivel de ruido en el interior del campamento disminuyó para aumentar enseguida. Salvo que en esta ocasión el alboroto lo provocaban los hombres de Hanno.

—¡A-NÍ-BAL! —les oyó gritar Mutt desde no muy lejos. Ya casi habían acabado, pensó entusiasmado. Habían ganado.

—¡Mira! —dijo un soldado.

Una silueta alta corría hacia ellos.

Poco a poco distinguió un penacho con plumas. Era un oficial: el comandante enemigo.

—¡AQUÍ ESTOY, HIJO DE PUTA! —bramó. *Matar al líder romano supondría la máxima gloria, la prueba fehaciente de que habían humillado a aquella patrulla enemiga, se dijo Mutt, mientras el recuerdo de su pesadilla le martilleaba el cerebro. Sin embargo, era demasiado tarde para hacer otra cosa*

que no fuera pelear.

Fuera cual fuera el resultado.